## Nota preliminar

Los textos que los lectores encontrarán a continuación tienen para mí carga afectiva, no solo en sus elementos autoidentificatorios, que el lector encontrará en alguno de los capítulos finales, sino también en sus elementos críticos, pues la mayor parte de la gente cuyo trabajo uso polémicamente en ellos me ha sido cercana en varios períodos de mi vida. La secuencia de escritos que ofrezco pretende trazar la figura de un particular destino tropológicamente marrano que es o ha sido el mío. También cumple un ciclo hacia lo que mi subtítulo nombra: el abandono de la conciencia desdichada. Los lectores pueden leer primero la entrevista de Madrid, Capítulo 1, y decidir después si su curiosidad es lo suficientemente fuerte como para arriesgar el chasco, en todo caso siempre menor, de leer los demás textos y juzgar negativamente su pertinencia. Pero debo decir que hay al menos otra manera de acercarse al libro, que consistiría en leer en primer lugar la otra entrevista, que ahora ocupa el Capítulo 9, y que refiere a mi trabajo presente y futuro. Y entender desde ahí lo que el libro propone en cifra inconfesa. El Apéndice, también quiero advertir, confunde las cosas o más bien las restituye a su naturaleza oscura, que por mi parte no puedo trascender.

# Introducción

Después de la última cena de nuestro II Seminario Crítico Transnacional, celebrado en la Universidad Complutense de Madrid entre el 6 y el 8 de julio de 2015, José Luis Villacañas me pasó las preguntas de una entrevista que él y un pequeño grupo de profesores de su departamento me harían, en video, al día siguiente a las 9 de la mañana. A mí esas preguntas, a pesar de su gentileza, a pesar del honor que suponía, me daban cierto pánico, no solo porque supongo que, como mucha gente poco acostumbrada, tengo timidez ante las cámaras y temo siempre cometer errores irreparables e impredecibles, para los que no hay por lo tanto prevención posible; también porque sabía que sería una entrevista de carácter, aunque no estrictamente biográfico, sí empeñado en que contara cosas relevantes de mi carrera a lo largo de años de trabajo. Y eso me producía la inquietud que se deriva de tener que pensar en cosas en las que no se quiere pensar demasiado. Así que esa noche, en el hotel, repasé someramente las preguntas, y me puse a dormir sin poder evitar sueños aprensivos. Pero la entrevista salió relativamente bien –las preguntas estaban bien preparadas, y las respuestas fluyeron inevitablemente. En la grabación paralela que yo hice, no en video, sino en una pequeña grabadora de sonido, en la que se registran los intervalos que no aparecerán en la entrevista formalmente editada cuando se publique en formato de video, mi pregunta recurrente puede escucharse: ¿no me pasé, seguro que no dije nada indiscreto, habría que repetir algo?

No solo el mismo José Luis, y los demás entrevistadores, Antonio Rivera, Rodrigo Castro, Juan Manuel Forte, Pedro Lomba, no me dejaron repetir nada, sino que me dijeron con incurable optimismo que no había nada de que arrepentirse en lo que había sido dicho. Esa noche, o al día siguiente, aprovechando que me quedaban un par de días más de ocio en Madrid antes de mi regreso a Texas, colgué la grabación mía en un grupo de facebook en el que algunos amigos comentamos a veces nuestros textos y aventuras profesionales. Willy Thayer, que también estaba en Madrid, tuvo la ocurrencia de entretener su

insomnio escuchando la grabación. Al día siguiente me sugirió que la publicara, puesto que él pensaba que, al fin y al cabo, era un documento sobre la historia reciente de nuestra profesión y alguna gente querría tener acceso al texto escrito. Y José Luis y Rodrigo estuvieron de acuerdo.

Supongo que retornó mi ansiedad –banal, porque todo esto me atañe más bien solamente a mí, no a otros– cuando me puse a transcribir la grabación, y se me ocurrió completarla con algunas notas a pie de página que me parecían imprescindibles. Cuando, unos días después, mis amigos leyeron la transcripción y las notas, nos enzarzamos en la cuestión de si esas notas estaban bien –si eran útiles para los lectores potenciales– o si más bien desvirtuaban la espontaneidad relativa de la entrevista, puesto que el efecto producido era inevitablemente el de que yo había introducido en la entrevista que ellos me hicieron otra serie de preguntas que eran solo mías. Creo que en general hubieran preferido que la entrevista se publicara sin más, con el mero añadido de unas notas explicativas (ofreciendo referencias, nombres, fechas, alguna documentación) que Rodrigo iba a preparar. No estoy seguro de que la decisión final, que supone la entrega de este libro, haya sido la correcta. Pensé que la entrevista solo podría entenderse en el contexto de otros trabajos míos de los últimos años que o bien tienen una naturaleza explícitamente polémica o bien hablan sobre todo del campo profesional o de mi inscripción en él, y pensé que por lo tanto sería bueno ofrecerla con esos trabajos míos a su lado. Es posible que se trate de un error, y que más hubiera valido, desde varios puntos de vista, limitarse a la publicación escueta de las preguntas y respuestas con las notas de Rodrigo. Pero no lo creo: para mí, la secuencia de escritos que ofrezco es más que la historia de una trayectoria profesional, y contiene secretos que solo aparecen en su traza y para el lector astuto, si lo hay.

A mí la posibilidad de publicar todo este material en forma de libro, que fue abierta en cuanto tal por la conversación de Madrid y solo por ella, me pareció bien, un libro más, y desde mi perspectiva no cualquier libro, y ya no sé qué es lo que hay de defensivo, qué es lo que hay de oportunista, y qué es lo que hay de voluntad de verdad –parrésica– en esa decisión. Este será el primer libro personal que publique desde *Línea de sombra*, de 2007, son bastantes años, y me he sentido en ellos perezoso respecto de la forma libro y su fetiche. No fue solo pereza: 2005 inicia un periodo de profunda desilusión que destruye para mí, como uno de sus efectos, toda noción de público para quien escribir. Me alegro de que este libro ponga fin a ese periodo (otro libro ya casi terminado, *Piel de lobo*, seguirá pronto a este, y tengo algún otro en preparación), aunque mi desilusión (académica, no vital) persista y esté lejos de haber quedado olvidada.

Quiero agradecer a José Luis Villacañas, director de la serie *Euroamericana* de Escolar y Mayo Editores en la que se publica este libro, y a mi gentil editor

Guillermo Escolar Martín, su compromiso con la obra. Decidí retirar las notas a pie de página que había inicialmente añadido a mi transcripción, para respetar al máximo la integridad de la entrevista en la voluntad de los entrevistadores. Algunas de ellas, no todas, quedan glosadas a continuación, y otras son parte o están dichas en los materiales que siguen a la entrevista de una manera o de otra. Pero hay algo más que concierne a la organicidad misma del libro.

Hace unos días, leyendo un texto reciente de Ramón Buckley sobre Miguel Delibes, reparé en una frase intrigante que es de Buckley, pero que él atribuye al corazón mismo de la obra del escritor de Valladolid: «Lo relevante de una vida no es lo que sucede, sino lo que no sucede, lo que estaba allí al principio y continúa allí al final» (Buckley). Este libro incluye lo que no sucede en lo que sucede y ha sucedido en mi vida profesional, de ahí no solo su secreto privado, sino también su carga afectiva. Ahora, en el momento de escribir esta introducción, me doy cuenta de que, en su registro íntimo, no es más que la voluntad de transmisión de un gesto arcaico, quizá intransferible, una especie de deseo imposible de producir la abolición del tiempo profano en mi propia vida. En fin, si todos nosotros tenemos solo una oportunidad en nuestras vidas de intentar algo semejante, este es mi propio, inadecuado, sincopado, elusivo y quizás ridículo intento. Quizá en su lugar bastaría una buena foto de algo perdido para siempre que el fotógrafo pudiera proponer como mi objeto *petit a*. Pero prometo no buscar más, después de esto, autografía alguna, o no intencionadamente.

Una de las primeras preguntas de Madrid atañe a mi vocación o elección profesional. Digo en mi respuesta que en algún momento sentí como imperativa la necesidad de familiarizarme con el archivo de mi lengua. ¿Pero qué significa, hoy, pensar desde una lengua, pensar desde un archivo? ¿No significa, más bien, y necesariamente, pensar contra una lengua, pensar contra un archivo? La alternancia desde/contra guarda cierta clave remitible a lo que se ha dado en llamar la crisis de las humanidades, que solo estamos empezando a pensar, y para la que no tenemos en realidad no ya herramientas básicas sino el vocabulario conceptual mínimo. Que no podamos ni siquiera empezar a pensar la crisis de las humanidades es por supuesto la verdadera crisis. Estamos en un curioso momento de destitución o desistencia para el que no vale invocar a Hölderlin, por ejemplo, y pedir desde esa invocación el retorno de una meditación nacional, de algún tipo de gran poesía o de gran literatura. Si pudiéramos incluso permitirnos pensar qué significaría el retorno a un pensamiento poético de la lengua, a una poetización real o poetologización del archivo, no tardaríamos en darnos cuenta de que eso, esa poetización o poetologización, sería el problema mismo, no su solución, excepto que habría pasado de ser una destitución patente y pasiva a ser una destitución activa y posiblemente catastrófica en la medida en que pudiera ser algo otro que irrelevante.

No sé de otros, pero yo, cuando tomaba las decisiones que marcarían el curso de mi vida (elección de carrera, mudanza a Estados Unidos), nunca busqué ser experto académico, erudito, investigador, profesor. No sé si estas cosas siguen alguna lógica histórica o generacional. Mis ídolos en los años de formación no eran profesores –ni Nietzsche ni Blanchot ni Bataille ni Klossowski ni ninguno de los escritores que leí apasionadamente en mi adolescencia: Proust o Beckett o Borges o Artaud o Camus. Hacer un doctorado no fue más que una necesidad de orden práctico –ofrecían una beca que no pude conseguir en España. Luego, en Estados Unidos, con un doctorado no parecía haber más que una cosa que hacer, fuera de empezar otro: ser profesor. No me disgustaba el asunto, pero tampoco me atraía. Retrospectivamente, examinando mi propio curioso itinerario –lo pasé bien en Georgia y mal en Wisconsin, bien en Duke unos años, y mal en Duke unos años, mal en Aberdeen, mal en Texas y luego bien en Texas, más o menos la mitad de años bien y la mitad de años mal– supongo que lo más disfrutable, lo que más satisfacción me ha dado, siempre ha tenido que ver con la amistad, con la conversación, con la discusión, y creo que esa amistad y esa discusión siempre han ocurrido en los márgenes del discurso académico convencional, siempre en sus orillas y en sus afueras, nunca de forma típica o normal. Es, claro, para quién no, siempre un placer enseñar lo que uno sabe o cree saber a los más jóvenes, pero es mucho más divertido aprender con otros, tomar riesgos, empujar lo permisible y exponerse. Pero la universidad, hoy lo sé, no tolera ya tal cosa, si alguna vez lo hizo, o solo en sus pliegues, solo en sus márgenes. ¿Cómo, de todas formas, decidir si yo estoy ahora dándome cuenta de cosas que siempre tuve delante de los ojos, a las que permanecí ciego, o si es la universidad la que ha cambiado? Su promesa, la promesa de la universidad norteamericana de los ochenta, en la que yo me formé, no parece estar ya ahí. Durante años pensé en mí mismo como alguien comprometido centralmente con el discurso universitario, con la institución universitaria. Hoy debo admitir que ya no –trato de hacer mi trabajo lo mejor posible, claro, pero algo ha cambiado. O seré yo el que cambió. Y entonces, para mí, ser un intelectual ha perdido ya su prestigio, el que una vez tuvo. Habrá quizás otras maneras de serlo en las que el goce que uno quiso buscar pueda todavía darse. Hoy ese goce, en la universidad, solo es ya posible contrauniversitariamente.

Otra de las preguntas que me hubiera gustado poder suplementar en alguna medida tuvo que ver con la cuestión de mi «obra». Pero la noción de «obra» –espero que esto no sea mera excusa para las insuficiencias de mi propio trabajo– es difícilmente asociable a un proyecto crítico vinculado al análisis deconstructivo. Con frecuencia he sido acusado de destructor sospechoso, como si la labor de destrucción crítica fuera solo siempre en cada caso el pro-

legómeno a una reconstrucción despótica, amenazante en su espectralidad misma. Quizá se piensa institucionalmente que cuestionar piedades anquilosadas y modos de hacer rutinarios e inerciales es siempre la señal de la peor de las dictaduras. Pero la peor de las dictaduras es más bien la continuación indiferente de las piedades anquilosadas y de los modos de hacer rutinarios e inerciales sobre todo cuando tienen los dientes afilados por la institución.

Hay una producción de obra académica que implica necesariamente tranquilidad institucional, como si uno solo pudiera hacerla con las espaldas cubiertas, desde cierta posicionalidad complaciente. Nunca ha sido mi caso. Por mi parte no tengo interés alguno, ni aquí ni en ninguno de los textos que siguen, en presentarme como un chico bueno en un mundo institucional malvado, aunque podamos dar por descontado que el mundo siempre lo sea. Mucho menos en justificar mi renuncia al concepto de obra a partir de ningún tipo de victimización. En todo caso, «confesando yo no ser más sancto que mis vecinos», como decía Lazarillo, pues no soy tan bueno como le hubiera gustado a mi abuela Camila, tampoco lo lamento mucho. No es secreto para nadie que las luchas académicas son sórdidas por definición, porque lo que está en juego pertenece la mayor parte de las veces al terreno identificado por Immanuel Kant como «mal radical»[1]. En ese contexto supongo que hay un problema especial para los expatriados como yo. La expatriación es sin duda uno de los hechos fundamentales de mi vida, como imagino que lo es para todos los que deciden irse de su país a trabajar fuera, en principio no necesariamente de forma definitiva. Pero pasan treinta años y ya no hay retorno efectivo. Y la expatriación incurrida por trabajo académico es una doble expatriación, porque la universidad es un mundo fundamentalmente clerical en el que uno vive sin afuera. Que no haya vida fuera de la universidad para el expatriado académico significa que esa vida es difícilmente accesible. No solo no hay tiempo: tampoco hay calle, tampoco hay aire, y los rituales norteamericanos de la Iglesia dominical, el fútbol de los niños o los acontecimientos deportivos que constituyen uno de los pocos vínculos sociales en este país permanecen ajenos (exceptuado un voluntarismo excesivo y por lo mismo contraproducente). Uno vive metido en la institución insalubremente, hasta el tuétano, habiendo perdido su tiempo de vida en los paisajes y modos sociales que conoció de niño o adolescente, y, fuera de la familia, el trabajo lo es todo. Los amigos son en general también universitarios (en treinta años en Estados Unidos solo he conseguido hacerme con un puñado de amigos que no pertenecen a la universidad, aunque estén entre los más queridos). Entonces, en ese contexto que no creo estar exagerando, desde luego no en cuanto a mi vida, cualquier falla estructural en las compensaciones libi-

[1] Cf. Kant, *Religion* 15-39.

dinales que puede ofrecer la institución –la falta de apoyo, la traición, la indiferencia, la hostilidad continuada– resulta poco menos que catastrófica. Sea uno bueno o malo. Hay que decirlo, de entrada porque el próximo expatriado potencial que lea esto debe saber a qué atenerse, y protegerse en lo que pueda.

El campo general de los estudios hispánicos en Estados Unidos se benefició después de la Guerra civil española (1936-39) de la llegada de exiliados y expatriados españoles que tomaron posiciones en departamentos de universidades de élite. En esa época los estudios hispánicos estaban dominados por la filología y la lingüística histórica, por la literatura del Siglo de Oro, y por los estudios de novela y poesía de los siglos XIX y XX. Era una época fuertemente influida por convenciones vanguardistas, con su énfasis en la calidad llamada estética. La literatura española se estudiaba de forma compensatoria, como herramienta para pensar la sustancia trágica de un país cuya historia imperial parecía consistente con el régimen autoritario que quería estar destinado a durar para siempre. La literatura latinoamericana estaba por entonces subestimada desde criterios formales, y solo se prestaba atención a ciertos poetas modernistas y novelistas criollistas o de la Revolución mexicana de los que se decía que eran buenos intérpretes de las diversas realidades nacionales. Pero, en los sesenta, el Boom, el influjo de exiliados cubanos, y el estructuralismo francés empiezan a amenazar desde fuera con un cambio en las cosas. En los setenta y ochenta el prestigio literario pasó a la producción latinoamericana, junto con el de algunos escritores españoles que lo retenían. Y con José Donoso y Severo Sarduy, Salvador Elizondo y Osvaldo Lamborghini, Néstor Perlongher y Juan Goytisolo, los viejos críticos nacional-identitarios empezaron a perder pelo. Fue la primera escisión, la primera ruptura. Vendrían otras: el feminismo, en particular y por lo pronto; el postestructuralismo, incluso más radicalmente una vez las demandas feministas fueron aceptadas al menos institucionalmente; y, horror, la pretensión culturalista de que los estudios literarios eran estructuralmente elitistas y excluyentes. Los años noventa fueron la década de la consumación de la larga decadencia de las humanidades académicas–decadencia forzada y basada en realidades geopolíticas. Y esta fue la segunda ruptura.

La historia de la filología había sido funcional al sistema interestatal europeo durante el largo siglo XIX y hasta el final de la Guerra fría. Las humanidades en la universidad nunca habían sido el refugio de la literatura, sino, desde el principio y estructuralmente, el mecanismo de captura de la empresa literaria por principios de orden político. La filología, la historia de la literatura, la crítica literaria, el entendimiento de la especificidad cultural lograda por las diversas «ciudades letradas» en cada caso y en cada país guardaban la llave de la dominación socio-política. La «literatura comparada» y en general la filología comparada permitían entender que la calidad de la producción de un

pueblo encerraba su temporalidad política y su posibilidad de dominación o de acomodación hegemónica. También así encerraban en clave las modalidades de su derrota. La universidad era funcional al aparato de estado, un aspecto más de lo que por entonces se llamaba el «aparato militar-industrial». No había torre de marfil. Toda literatura es alegoría nacional, decía Fredric Jameson al final de los ochenta. No solo los estudios literarios, sino la literatura misma, desde su comienzo formal como literatura en el siglo XIX, era una herramienta política y una forma de preparar a la nación para su destino político. Pero el fin de la Guerra fría, la globalización en su primera y segunda oleadas (respectivamente, antes y después del 11 de septiembre de 2001), la hegemonía de Estados Unidos, la imposición global del capitalismo financiero en régimen neoliberal, la decadencia política europea y la ascensión de China y los llamados países BRIC vaciaron por dentro el modelo de humanidades de la sociedad occidental. Y esa fue la tercera ruptura. Que hoy toda cultura esté ya ampliamente sometida al principio de indiferenciación encarnado en la equivalencia general significa que la cultura no tiene aura, que se ha convertido, en el mejor de los casos, en un dato sociológico de uso dudoso. Todo esto podrá ser terrible, pero no es eludible en términos de determinación de lo que puede constituir hoy tarea del pensamiento. Y ese es el tiempo que nos tocó vivir, a mí y a los de mi generación y las sucesivas. Y marca, casi no hay ni que decirlo, condiciones duras para cualquier relevancia real de la reflexión hispanista.

Y hubo después, en la entrevista, una tercera pregunta que me dejó con ganas de decir algo más de lo que dije: la que tuvo que ver con mis libros, y en particular con *Línea de sombra. El no sujeto de lo político*. Publiqué ese libro en una editorial, Palinodia, entonces nueva y que apoyaban algunos amigos míos chilenos, en Santiago de Chile, en 2007, cuando ya estaba en Escocia. Algunos compañeros –Óscar Cabezas, Alejandra Castillo, Miguel Valderrama, Sergio Villalobos, Federico Galende– se tomaron entonces el trabajo de recibirlo y apoyar su diseminación. No sabrán hasta qué punto su gesto fue importante para mí. Nelly Richard quiso publicar reseñas de varios de ellos en la *Revista de crítica cultural*, y me pidió un comentario en respuesta. Todo eso puede encontrarse y repasarse[2]. Quiero ahora dejar constancia de y agradecimiento por la amistad de esos amigos chilenos, y de otros, y señaladamente Willy Thayer y Elizabeth Collingwood-Selby, también Pablo Oyarzún, por lo que su talante y espíritu supuso para mí desde que empecé a conocerlos a partir de los primeros años noventa. Desde luego sin su existencia, y la posibilidad de viajes y visitas mutuas en Chile o en

[2] Los comentarios de Alejandra Castillo, Federico Galende y Sergio Villalobos, respectivamente, «Nombres», «Umbral» y «Amigo» están en *Revista de critica cultural* 34 (diciembre 2006). Cf. verlos con mi respuesta completa a ellos, «Pantanillos», en 78-87.

Estados Unidos, que en aquellos años pudo ofrecer parcialmente la institución en la que yo trabajaba, las cosas hubieran sido mucho más duras y dudosas de lo que fueron en mi vida profesional dentro de los ambientes latinoamericanistas o hispanistas norteamericanos. Pero aprovecho entonces, puesto que *Línea de sombra* es, en cuanto objeto libro, el que antecede de los míos al que el lector tiene en sus manos, para encontrar una posible vinculación entre aquello y esto, y trazar una línea que seguirá siendo sombría.

Alejandra Castillo habló entonces, en su reseña a *Línea de sombra*, de un «quizás» nietzscheano-derrideano bajo cuya incertidumbre se cobija, dice, en el libro «un ejercicio de nominación desplazada». Tal nominación desplazada, esto es, el dar nombre a diversas figuras o des-figuras de un desplazamiento infinito con respecto de la captura hegemónica o metafísica, encerraría la posibilidad –una posibilidad siempre prometida, pero solo prometida como posibilidad, y así nunca prometida– de un futuro. El carácter redentor de este futuro está siempre en juego en la deriva más o menos mesiánica de la (im)promesa de lo posible. Para Castillo, por lo tanto, y no lo dice, pero lo dice sin decirlo, en *Línea de sombra* se juega, sin quizás, el quizás de una redención. La culpa es, una vez más, mía, y más bien larga, pues viene de atrás, de otros libros donde quizá ingenuamente anuncié la posibilidad de una historia otra, dable en acontecimiento como irrupción salvaje. Y está bien, es justo, que Castillo pida cuentas. Y así el pánico esta vez residía en no saber, y en no querer saber, si toda mi estrategia de escritura, tanto en *Línea de sombra* como en *Exhaustion of Difference*, *Tercer espacio* o en *Interpretación y diferencia*, depende de forma fundamental de una narrativa más o menos secreta –que aflora en todo caso como síntoma– de redención histórica sin la cual no habría lugar de enunciación. Si el motor mismo del proceso de desnominación, si el motor mismo de la negatividad crítica del texto, es la posibilidad precaria de un arresto del proceso, de un logro posible del fin de la desnominación, entonces el motor mismo del proceso es abiertamente contrario a su fin: el texto encubriría un anhelo de nombre, un anhelo de coincidencia y un deseo de fin del deseo que ya no serían en absoluto compatibles con el proyecto de «rebasar la *repraesentatio* teológico-política». Todo estaría, de hecho, modelado sobre la vergüenza de la falta de representación, y la deriva desnominante, la negatividad deconstructiva, no serían sino farsa encubridora de una voluntad teológico-política secreta. El texto entraría en incoherencia abierta. Y eso no puede descartarse, no del todo, no para esos libros, tampoco para este mismo, o para los que sigan.

Si la escritura es teórica, si hay escritura sin condiciones, o si la escritura quiere avanzar hacia lo incondicional, no en el sentido de no hacerse responsable de lo real, sino precisamente en el sentido de hacerse totalmente responsable de lo real, si la escritura no empieza por acotar el campo de lo pensable hacia lo